

ESTAMPA

UNA CONSIGNA

Los diversos partidos comunistas — y decimos «los diversos partidos» sin chunga de ninguna especie — han lanzado una consigna a sus afiliados.

No se trata de organizar ninguna manifestación «monstruosa» con bandera... y música, ni de pintar en todas las esquinas la hoz y el martillo, ni de cantar «La Internacional» ante la tumba de ningún Casanova. La consigna en cuestión es una consigna seria, meditada y pesada, a saber: apoderarse del timón de la C. N. T.

No es esta una consigna más, aunque tampoco sea la primera de la misma índole. Varias veces intentaron los camaradas comunistas el asalto al baluarte confederal, sin éxito. Mejor dicho, con algún éxito, pues lograron alguna que otra escisión. Hoy se disponen nuevamente a echar el resto, hasta conseguir que la C. N. T. se trueque en humilde arcilla con la cual ellos puedan demostrar su competencia como escultores de muchedumbres.

Es cosa dura hacer que un comunista reconozca la pequeñez de su propio movimiento orgánico. Al comunista interesado no le conviene confesar esa verdad indiscutible, y para evitarlo sale del aprieto de la discusión con mil embustes y dos mil insultos. El comunista de buena fe se parte la cabeza con Cristo si se le dice tal cosa, porque — según él — es imposible que un movimiento chico e integrado por obreros, que son los únicos víctimas de la crisis, puedan editar periódicos diarios, semanales, discretos clandestinos, folletos, hojas volantes, etc., etc., siendo así que todo esto cuesta un dineral. Según ambos, el movimiento comunista — incluimos aquí a los diversos partidos de la misma significación — es un movimiento grandioso, un movimiento de masas, magnífico, y con tendencia a adquirir proporciones inigualadas por ningún otro sector del movimiento proletario.

Y hete aquí que, cuando ya comenzábamos — es un decir — a creer en los argumentos del segundo, del ingenuo, nos hallamos con la consigna de marras. Claro que lo que éste no acierta a explicarse en su ingenuidad, tiene una explicación muy lógica y muy clara, y que por lo clara y lógica, nos abstendremos de resaca; pero aun conociéndola había que creer en la grandiosidad del movimiento, si se tenía presente la existencia de una C. G. T. U. de los comunistas oficiales y el B. O. C. de los extraoficiales, amén de otras cosas no menos importantes de los otros sectores comunistas.

La consigna que comentamos equivale al reconocimiento explícito por los partidos comunistas de que su propio movimiento es una letra minúscula. Una letra minúscula escrita en un globo de regalo, que aumenta al tiempo que se hincha. A juzgar por su léxico retumbante y sus giros de estereotipada violencia, pudérase creer que los partidos comunistas acaudillan sendos movimientos de masas. Pero resulta que sucede aquí lo del refrán: «Mucho ruido y pocas nueces» o «Mucho zurrón y poca merienda».

Hace algún tiempo, los comunistas — siguiendo órdenes de arriba — mantobraron dentro de los Sindicatos confederales al objeto de poder encauzar por el buen camino a la C. N. T. Sus bondadosos proyectos fallaron, como les habían fallado ya anteriormente. Despedidos por la hiel del fracaso ruidoso acordaron provocar y favorecer toda clase de escisiones en el seno de la Confederación Nacional del Trabajo. Y el acuerdo lo realizaron maravillosamente.

Los que por deseo escisionista se fueron entonces, retornan hoy. Y no precisamente como hijos pródigos, arrependidos del mal servicio que han prestado a la revolución española.

Y retornan en «bloques», obedeciendo instrucciones de quien les indicó antaño marcharse. Y en la solitud de reingreso hacen resaltar que si se les admite, ha de ser con derecho a cargos.

He aquí el máximo anhelo del comunista: el cargo. Toda una táctica de lucha gira en torno a eso, a tomar cargo. Lo esencial es formar parte del Comité, y mejor, copar todo el Comité, si es posible. Desde él puede conseguirse más fácilmente su objetivo. Desde el Comité se manda y los otros obedecen; no les queda otro remedio. ¡Y a lo mejor, de la C. N. T. libertaria surge en un abrir y cerrar de ojos una C. N. T. comunista! ¿Qué mejor?

Es el concepto autoritario que ciega como el vértigo de la velocidad. La esencia de las organizaciones no se cambia desde los Comités. Y mucho menos las nuestras. Que lo digan sino Arlandis, Maurín y otros aprovechados, que usaron ya la estrategia sin el menor éxito...

Bienvenidos sean a los Sindicatos de la C. N. T. todos los trabajadores. Son organismos de lucha real y todo el que se sienta luchador tiene en ellos un puesto libre. Pero dejando el jesuitismo en casa, abandonando preclaramente la táctica de la escisión y la calumnia. Las horas son graves; pero la gravedad no implica claudicación ninguna. La unión de los trabajadores es imprescindible; pero sin uniones de zancadilla, que el gato escamado, del agua fría huye...

El espíritu de solidaridad

EL SINDICATO DE PEDRALVA RESUELVE TRABAJAR LAS TIERRAS DE LOS CAMPESINOS PRESOS

Diez campesinos de Pedralva se encuentran en la cárcel de Valencia a consecuencia del movimiento del 8 de enero de 1933. Sus familias han quedado en el mayor desamparo, sus tierras sin los brazos que las fecundaban. El Sindicato local ha resultado, en Asamblea, tomar a su cargo el laboreo de las tierras de los camaradas presos, a fin de cooperar en esa forma a aliviar en la medida de lo posible la tragedia de las familias respectivas en la miseria.

No es este el primer caso de semejante gesto solidario, pero siempre que se produce, dondequiera que sea, nos sentimos emocionados y satisfechos. El espíritu de la solidaridad vive en el pueblo y él será la piedra angular del mundo entero.

¡Salud, campesinos de Pedralva!

Leed y propagad

Tiempos Nuevos



Después de la rebelión «anarquista» en Filipinas. — Los familiares de los desamparados en la búsqueda trágica de los suyos.

Tengamos fe en nuestra capacidad

La causa de la libertad atraviesa por uno de sus más tristes períodos, tal vez el más sombrío de todos los que registra la Historia. En estos momentos el mundo entero se halla dividido en dos inmensos campos de batalla: la guerra por el imperialismo capitalista entre las naciones y la división entre dos causas representadas por la esclavitud y la libertad. Los primeros ignoran a dónde van, los segundos confían en la capacidad pacífica de algunos hombres cuyas mentalidades vienen señalando el camino que la humanidad dolorida tiene que seguir. Vivimos días de luto. El resultado no es posible predecirlo, mas es evidente que el instante en que vivimos ha de decidir el curso de la Historia.

De un lado la esclavitud que consigo trae la guerra entre las naciones, trae como consecuencia además muchos ríos de sangre vertida inútilmente en defensa del gran dios de los millones; del otro, una fuerza irresistible y prepotente que ha venido gestándose en el corazón del sector más importante de la actual sociedad, ha afilado sus armas y no cede al combate. Los días que nos esperan amenazan con ser terribles. Tienen el significado del ocaso en que se halla nuestra civilización por la que ningún hombre da un ochavo. Un aire enrarecido atrofia las mentalidades de los gobernantes. El poderoso arremete con las lanzas de sus huestes a fin de someter el mundo humano bajo su égida y con pretensiones de bárbaros, desprovistos de sentimientos, dando impulso a su instinto morboso; cual un aborto de la psicología humana embarcan al mundo en una aventura que fácilmente puede ocasionar un desastre eternamente irreparable.

Es probable que ninguno de nosotros se haya dado cuenta del momento que vivimos. Tal vez, unos más y otros menos, que nos hayamos dejado arrastrar por la impetuosidad de nuestro sentimentalismo, ilusionados por falsos espejismos. Sin embargo la realidad tiene caracteres gravísimos, y nosotros, que amamos un ideal de moralidad pura, de libertad y de justicia, que aspiramos a formar una confederación de pueblos libres sobre la tierra, unidos por lazos de solidaridad social, tenemos el deber de hacernos responsables de esta hora angustiosa. Hemos observado a través de la Historia los procesos, giros y movimientos que en ella se han operado con gran perjuicio para la hu-

manidad. Las ideas de emancipación han sido conquistadas merced a ríos de sangre. El crepúsculo que a principios del siglo anunció el ocaso de nuestra civilización y el derrumbe del viejo arcaísmo representado por la sociedad capitalista, ha conseguido aún respirar y tiende, cual un enorme cetáceo en su agonía, a arrollar de indignación la obra realizada mediante el esfuerzo moral y material del hombre.

De ex profeso en la mayoría de los casos, nuestras ideas no han sido lo suficientemente comprendidas y negadas adrede, sus mártires olvidados y vilipendiados. La libertad tuvo sus períodos de agonía, mas pudo al fin salir airoso de todas las contiendas; se ha salvado el principio social innato en la especie, se ha sentido en carne propia el espíritu de liberación, no pudo ahogarse la voz de las conciencias aun no pervertidas por la bestia desencadenada. Nosotros que hemos mantenido viva esa llama, que hemos alimentado el fuego sagrado de la revolución como medio de conseguir la independencia del hombre, por muy grave que fuesen las circunstancias no podríamos en modo alguno abandonar la lucha en estos momentos de peligro, cuando sentimos ruidos de armas.

Pero digamos que la libertad está en crisis en todas las naciones, sin descontar aquellas que le deben el resurgimiento y la vida, sin descontar aquellas que, sin la revolución por la libertad no existirían siquiera, mas esta crisis no significa en modo alguno un retroceso ni una negación de sus principios, sino todo lo contrario. Se debe antes que nada a la falta de capacidad, hoy castradas por la violencia, cuyas teorías cultivan guiados por la avaricia particular, que es enfermedad ingénita del orden social organizado. Es natural hablar de capacidades o mentalidades y con ello queremos referirnos precisamente a aquellos que suggestionados por las viejas panaceas de un mal socialismo político se arrastran ciegos a los pies del todopoderoso que nos aplasta, ofreciéndosele en cuerpo y alma, mas procurando aniquilar el espíritu de socialización de la propiedad, de libertad del oprimido, de redención del hombre en suma que le permita elevarse sobre la misma naturaleza, porque con ello pelagra su medro personal.

CAMPIO CARPIO

(Continuará)

POR UNA ESPAÑA NUEVA

La más grande revolución española será la que lleve más agua a los campos esteparios

Entre otras características nacionales, poco dignas de envidia, tenemos la de encontrarse en una parte importante del territorio español la zona más árida del mundo. Nuestro Sudeste es más desolado que la costa africana del Norte; llueve menos allí que en la zona del Volga, famosa por sus sequías y por sus hambres periódicas.

Y contra ese hecho no vale la retórica. Donde apenas llueven de 100 a 170 milímetros cúbicos al año sobran los discursos y son mentira todas las promesas. Esa situación no puede cambiar más que por un hecho: por el agua. El que lleve el agua al Sudeste español, en nombre de la revolución o de la reacción, en nombre de Dios o del diablo, habrá llevado la vida a una región que se extingue en la miseria y en la desesperación resignada, borreguil, supina, del que ni fuerza tiene para crispar los puños.

Es proverbial Castilla la seca, Castilla en escombros, que apenas ve el agua, que no conoce el riego. El término medio de las lluvias en el año agrícola de 1933-34, en Valladolid, fué de 444 milímetros. Un año de los buenos. Llovió tres veces más que en Almería, que en Murcia, que en Alicante. Sin embargo 444 milímetros cúbicos al año son insuficientes donde no hay otro riego y donde el sol da de plano y lo agosta y quema todo. La desolación de la vasta estepa castellana, el granero por excelencia, tiene aspecto de desierto africano, sin un árbol, sin una acequia, sin un oasis. Y si de Castilla descendéis hacia el Sur, hacia Andalucía y hacia Extremadura, salvo pocas excepciones, no acertaréis a daros cuenta de qué viven aquellas poblaciones, por qué trabajan y para qué sudan. La miseria española es trágica, es más trágica en los campos que en las ciudades, aunque en las ciudades, sobre todo a causa de la desocupación creciente, no se resiste más.

Y esos problemas no tienen solución política; no tienen más que soluciones de orden económico. Lo primero es el agua. Mientras no se rieguen los campos, mientras no se aproveche el agua de los ríos, mientras no se sepa conservar la humedad del suelo, no habrá cambio sensible en la vida del pueblo español, y mientras ese cambio no se produzca, no habrá habido ninguna revolución digna de ese nombre.

Los partidos se disputan el Poder, en el Parlamento y en los Ministerios. Y no aciertan más que a recargar los impuestos, a secar más todavía la tierra árida y a esquilmar más todavía a la población. Se suceden los Gobiernos, los ministros; pasan los años, y la tierra española no ve una gota más de agua.

Si un Gobierno, valiéndose del método que quisiera, lograra regar los campos sedientos, habría cambiado el panorama español, habría llevado una impresión de vida a todos los sembrantes y habría terminado por muchos años la idea de la revolución popular. Pero esperar la salvación de las esferas políticas y hacer rogativas públicas para que llueva ¿no es a fin de cuentas la misma mentalidad y la misma estolidez?

Nosotros queremos

Y el problema del agua es de los primeros y de los más fecundos en consecuencias. Gasta el Estado cinco mil millones de pesetas todos los años. Con los sacrificios y sudores que esa cifra astronómica significa, sobraría para resolver el problema del agua en España. Pero pedirle al Estado que llene una función útil es tanto como pedir las clásicas peras al olmo. Lo primero para el Estado es vivir, y vivir es tanto como consumir espléndidamente cinco mil millones de pesetas anuales. Y en esas circunstancias los campos no serán regados.

OBSERVACIONES

Los principios y las tácticas

Para los que somos libertarios hasta los tuétanos, el «antipolitismo» constituye norma esencialísima de conducta. Y así tiene que ser. Y conviene recalcarlo con recalcitrante insistencia, máxima ahora, cuando determinados elementos ponen tanto interés en que se expendan y se produzcan ciertos estragos anímicos entre las multitudes.

Y bien. Aun holgando entre nosotros la salvedad, recordemos, no obstante, que el concepto del «antipolitismo» no admite tergiversaciones ni confusiones con el concepto del «apolitismo». Entrambos media una diferencia fundamentalísima. Sabemos discernir.

El antipolitismo implica premeditada aversión, aversión reflexiva a la política; y el apolitismo se reduce a lo que el acaramiento famoso don Antonio Maura y Montaner denominara un día «masa neutra», «abúlica» o «amorfa».

La individualidad libertaria, por concluyentes razones ideológicas; es decir, por razones de substancialidad rotunda, jamás puede avenirse, ni aun por accidentes, ni aun circunstancialmente, a lo que en los actuales momentos españoles tanto preconizan y encarecen quienes confían, o por lo menos aparentan confiar, en la eficacia de las celebrísimas urnas comiciales.

Ni aun lo que llaman por ahí puzza democrática del sufragio electoral, nos seduce lo más mínimo.

Crear que con la emisión del voto (aun rodeando a éste de las más firmes, honestas y solemnes garantías legales), puede irse a la tangible conquista de la radical transformación del imperante sistema económico social, basado ancestralmente en la ignominiosa explotación del hombre por el hombre, resulta indubitablemente tan pueril como pretender, verbigarais, que un tuberculoso, en la última fase de su terrible dolencia, recupere por completo la salud, tomando simplemente «pastillas de goma».

Y si el voto no sirve para la finalidad antedicha, ¿para qué sirve, pues, en-

tonces? ¿Para perpetuar la consabidísima farsa? ¡Basta!

Quiénes profesamos abietamente las convicciones libertarias, no hemos de desmentir lo difuso de nuestra orientación; no hemos de desmentir lo concreto de nuestra doctrina; no hemos de desmentir la reciedumbre de nuestra vitalidad; no hemos de desmentir lo fúlgido de nuestra conciencia; no hemos de desmentir, en suma, lo viril de nuestra rebeldía inconcluyente.

Lejos de hacer un «traje» en nuestra trayectoria; lejos de acabar procediendo como desearían algunos, reafirmémonos en nuestro campo y, por ende, en nuestra ética y en nuestra táctica.

Lo cual significa paladinamente que, a los oportunos efectos de la lucha, no estamos dispuestos a renunciar nunca a la estrategia exclusivamente inspirada, resueltamente inspirada, lógica e insustituiblemente inspirada en el auténtico espíritu de los postulados que propugnamos y del objetivo categórico que perseguimos.

¿Antipolíticos, sí; apolíticos, hasta la médula, por lo mismo que somos libertarios hasta los tuétanos!

FERMIN P. MENÉNDEZ

Zaragoza, junio 1935.

SUSCRIPCION NACIONAL PRO PERIODICO JUVENIL

Mayo de 1935. — 20. Comité Peninsular (de sus fondos), 100'00 pesetas. — 23. Cabra, 4'00. — 23. Montilla, 3'00. — 23. Alcalá de Guadaíra, 1'00. — 24. Villeurbanne (Francia), 20'00. — 26. Los compañeros del Comité Peninsular, 8'00. — 31. Barriadas Unificadas, Madrid, 9'00. Los giros pueden dirigirse a J. Antonio Rodríguez, calle Palafox, 5. Madrid.